



5 DE MAYO

VICTORIA NACIONAL. La batalla del 5 de mayo marcó el momento de gloria del general mexicano. Imagen tomado del libro *La pintura militar en el siglo XIX*, de Eduardo Báez.

Zaragoza, leal y humanista

Su paso a la historia ocurrió en Puebla, cuando encabezó la victoria contra el ejército invasor francés, pero su carrera militar tuvo momentos que pusieron a prueba su amor a la patria

POR CARLOS BETANCOURT CID*

Nacido en Bahía del Espíritu Santo, en territorio texano, el 24 de marzo de 1829, Ignacio Zaragoza siempre mantuvo su mirada fija hacia el sur.

Debido a las ocupaciones paternas, transitó durante sus años mozos por diversas plazas del norte del país, generó cierto desarraigo a un lugar en especial; por el contrario, ese periplo logró conjugar en su ser una identificación nacionalista. Para él, México era todo uno.

Sus ansias por defender a la patria ante el mar de dificultades que se entreveían en el horizonte se manifestaron desde una edad muy temprana. Cuando Zaragoza apenas contaba con 17 años, en los momentos en que la invasión estadounidense era inminente, solicitó su incorporación a las armas nacionales. Su lozanía repercutió en que la petición fuera rechazada, lo que no disminuyó un ápice su convicción por la defensa de nuestra independencia.

Dedicado por lo pronto a actividades comerciales, aprendió a ser paciente y su oportunidad no tardó en llegar. El 12 de marzo de 1852 se incorporó a la guardia nacional de Nuevo León y al año siguiente formalizó su entrada en el Ejército. Intervalos se desarrollaba el último intervalos de la etapa presidencial de Santa Anna, que, transfigurado en sistema dictatorial, marcó el final en el poder del famoso "quince uñas", apodo despectivo que hacía referencia a la ausencia de una de sus extremidades inferiores. Pero lo que no le faltaba al lisiado mandatario eran soberbia y despotismo, actitudes que levantaron al pueblo en su contra. La bandera que se alzó en oposición a sus despliegues autoritarios fue el Plan de Ayutla, promulgado el 1 de marzo de 1854.

Zaragoza, siempre consciente de sus responsabilidades, se enfrentó a una complicada disyun-

tiva. Por un lado, debía lealtad al ejército que lo había acogido y, por lo tanto, a las instituciones que sostenían al indeseado gobernante. En otro sentido, no estaba ajeno de los males a que conducía el talante tiránico de quien otorgó al puesto presidencial el título de "alteza serenísima". Su resolución se inclinó hacia el bien de la patria, por lo que consideró separarse de la corporación marcial y luchar contra la opresión y desparpajo del autócrata de pacotilla. Su lealtad, sin confusión alguna, estaba del lado de la nación, y puso todo de su parte para concretar el destierro del prepotente caudillo.

A pesar de que finalmente se obtuvo el exilio del denostado personaje, la calma era lo que más se extrañaba en el México de esos tiempos. Durante abril de 1858, nuestros antepasados estaban sumidos en una guerra sin cuartel. Liberales y conservadores —a fin de cuentas hermanos de la misma patria— se disputaban las riendas del país, ensangrentando el territorio nacional, sin vislumbrarse todavía hacia dónde se inclinaría la balanza.

En el marco de estas operaciones bélicas, el joven coronel Zaragoza, ubicado en las cercanías de San Luis Potosí, se encontró nuevamente en una situación comprometida. Tras el triunfo de las fuerzas liberales comandadas por el general Juan Zuazua sobre las tropas de Miguel Miramón, que se dispersaron y fueron capturadas, recibió

la orden de fusilar a cuatro prisioneros. Como militar sumiso, contestó afirmativamente a los designios de su superior, aunque en su fuero interno el sentido humanitario lo confundía sobremanera. En carta fechada el 21 de ese mismo mes, concluyó así la solicitud de perdón para los cautivos: "Seamos fuertes y terribles en el combate; pero después, que admiren nuestra

humanidad los enemigos que no nos conocen". Sus palabras obtuvieron resultados positivos.

Pero justo un año después, cuando las hostilidades arribaban a un punto álgido, su actitud magnánima fue presa del desencanto: Leonardo Márquez, uno de los principales artífices del bando reaccionario, perpetró una cruel matanza en el poblado de Tacubaya, que lo colocó en la ignominia de la historia. Zaragoza, al igual que muchos, censuró la inhumana acción, en la que resultaron sacrificados varios civiles

les, decidiéndose entonces a operar con todo el rigor necesario contra los adversarios, quienes no se tentaban el corazón. En el panorama de estas contradicciones se iba forjando la personalidad de un hombre que cumpliría al poco tiempo su cita con el destino.

En el tenor de tales circunstancias, el pundonoroso soldado fue adquiriendo una responsabilidad extrema ante las dificultades, que se acrecentaba en la medida en que ascendía en el escalafón militar. A las órdenes de Jesús González Or-

tega, participó activamente en la batalla que se desarrolló el 22 de diciembre de 1860, en los llanos de San Miguel Calpulalpan, donde se dio la puntilla a las ambiciones de los conservadores.

Como es de todos conocido, su momento más protagónico se presentó la mañana del 5 de mayo de 1862, cuando, ya nombrado general al frente de las tropas mexicanas, comandó con valor e intrepidez la victoria sobre el ejército invasor francés, reconocido en esos momentos como el primer cuerpo de guerra del mundo. En los anales de la historia ha quedado plasmada la frase que remitió a Palacio Nacional, que se leyó ahí ese día a las 5:49 horas de la tarde: "Las armas del Supremo Gobierno se han cubierto de gloria".

Sin embargo, el triunfo no era resultado de los esfuerzos de un solo hombre. Los generales José Solís, Ignacio Mejía, Porfirio Díaz, Francisco Lamadrid, Felipe Berriozábal, además del contingente indígena de zacapoaxtlan y todas las divisiones que tomaron parte en las operaciones, se merecieron los halagos de su jefe de campaña.

Inmediatamente después de la victoria, en una postura sin egoísmos ni envidias, solicitó una recompensa ejemplar para sus subordinados. Como corolario inmediato de su petición, en la Ciudad de México se mandó acuñar una serie de medallas de oro y plata, cuya inscripción honraba a los valientes soldados mexicanos que ese día defendieron, no solamente la integridad de los habitantes de la ciudad poblana, sino la propia independencia del país que los vio nacer.

A pesar de ese rotundo éxito, que alojó inequívocamente su figura en el pedestal de los protagonistas de la historia mexicana, la fortuna le tenía preparada una mala jugada. A los pocos meses de su instante cumbre, contra la fiebre tifoidea, lo que le ocasionó la muerte el 8 de septiembre siguiente.

* SUBDIRECTOR DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA INEHRM

La mañana del 5 de mayo de 1862 comandó con valor e intrepidez la victoria sobre el ejército invasor francés